

LA FILOSOFÍA DEL OLIMPISMO¹

Mohamed Mzali

Comité Olímpico Internacional

Fecha de recepción: 16 abril 2009.

Fecha de aceptación: 30 septiembre.

Resumen:

Los triunfos del ingenio de nuestra especie pueden quedarse sin futuro e incluso girar hacia la catástrofe, si no estamos en condiciones de ponerlos al servicio del bienestar universal y de la liberación de todos. La reanudación de los Juegos Olímpicos no fue desde el principio tanto un hecho deportivo como un hecho moral y de civilización. En la antigüedad griega no se podía entender la esencia de los Juegos si se los separaba de la *paideia*, aquel arte helénico, que instruía a los jóvenes, cultivaba su espíritu y les iniciaba a las cosas de la vida, del arte y del más allá, para mejor prepararles a tener su sitio en la ciudad. El deporte no cesa de confirmarse como un gran hecho social de nuestros tiempos. Pero evitemos que sea únicamente el opio moderno del pueblo, lo que debería y podría ser una vía de educación popular, un soporte a la fraternidad humana y a la comprensión internacional. Hay que curar el deporte con el olimpismo. Hay que hacer del olimpismo la filosofía del deporte moderno. Ello implica que se de un paso hacia el esfuerzo sobre el resultado y que se vuelva a encontrar el sentido de lo universal. El Olimpismo es la maestría de sí mismo para asegurar el triunfo sobre el otro, si es posible, pero en todo caso, sobre sí mismo y sobre la naturaleza.

Palabras clave: Olimpismo, filosofía olímpica.

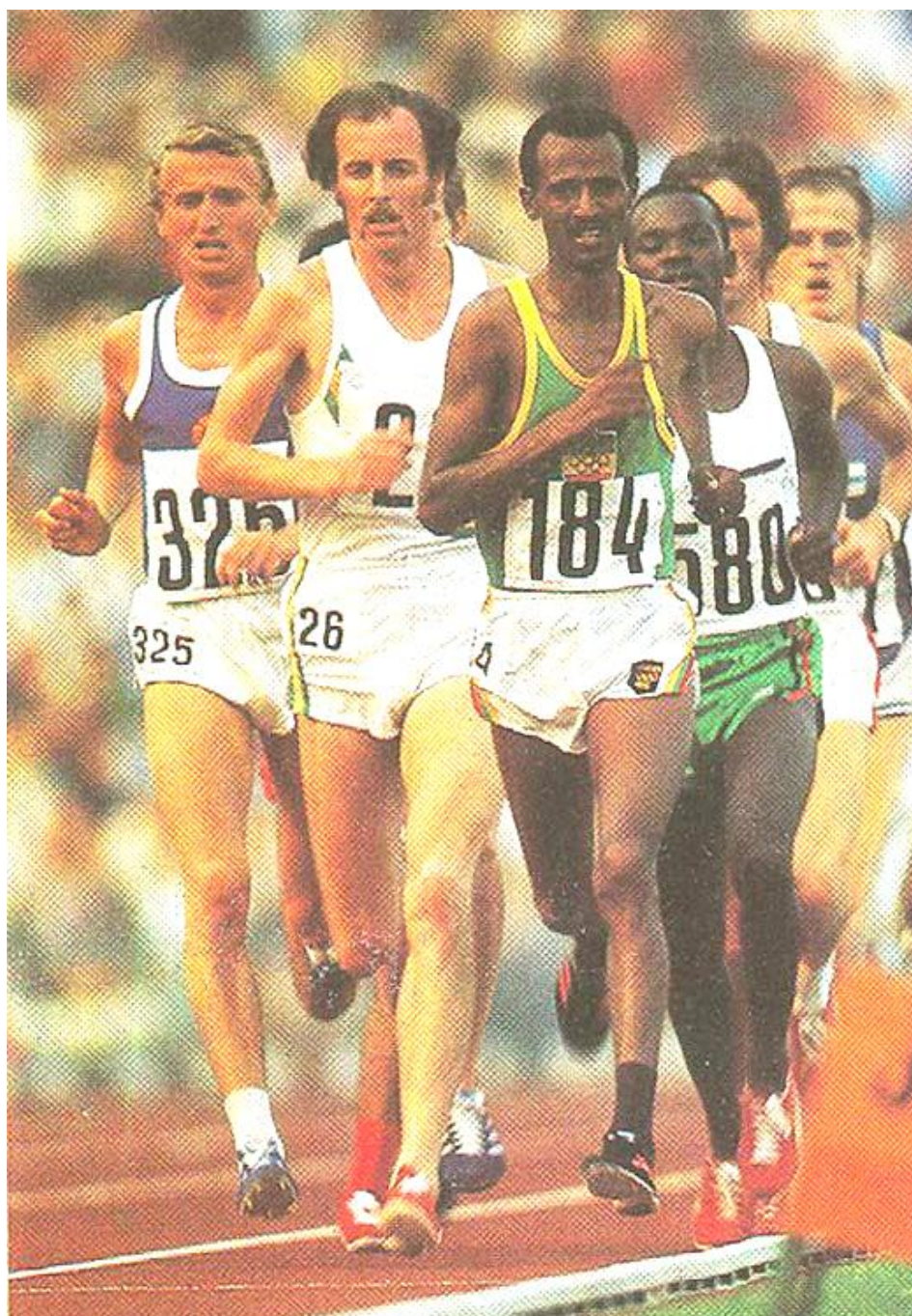
THE PHILOSOPHY OF OLYMPISM

Abstract:

The triumphs of the ingenious of our species could be without a future and even turn toward catastrophe if we are not ready to put them at the service of universal wellbeing and the liberation of everyone. The restart of the Olympic Games was not, from the beginning, so much so a sports fact as much as a fact of morality and civilization. The Greek antiquity the essence of the Games could not be understood if they were separated from the *paideia*, the Hellenistic art that instructed youth, cultivated their spirit and initiated them into life things, art and beyond in order to prepare them to achieve a place in the city. Sport does not cease to confirm itself as a great social fact of our times. But let us avoid turning into the modern opium of the people, which should and could be a via of popular education, and a foundation for human fraternity and international understanding. One must cure modern sport with Olympism. One must turn Olympism into the philosophy of modern sport. This implies taking a step toward effort above performance so as to find the sense of the universal. Olympism is the mastering of oneself to ensure the triumph over the other, if at all possible, but in any case above both oneself and nature.

Key words: Olympism, Olympic philosophy, Olympic Games.

¹ El presente texto conforma el capítulo I de la obra de Mohamed Mzali: *El olimpismo hoy*. Ha sido traducido y adaptado especialmente para ser publicado por primera vez en España y en español en *Citius, Altius, Fortius*, con la autorización expresa del autor que nos lo remitió con tal objetivo.



Fotografía tomada de la obra de Mohamed Mzali: *L'Olympisme aujourd'hui*. Les éditions jeune Afrique. Paris.

Nuestras conquistas técnicas sin precedentes, el saber inmenso acumulado, los triunfos del ingenio de nuestra especie pueden quedarse sin futuro e incluso girar hacia la catástrofe, si no estamos en condiciones de ponerlos al servicio del bienestar universal y de la liberación de todos. La paz, duramente adquirida tras los horrores inauditos de la *Segunda Guerra Mundial*, ha quedado ambigua. Fría o caliente, la guerra ha quebrantado dura y persistentemente nuestras certezas. Estamos, transcurridos ya más de medio siglo, buscando sin éxito modelos de organización social susceptibles de hacer emerger al hombre como valor único. Estamos aún en busca de relaciones interpersonales susceptibles de hacer aparecer a las personas detrás de los individuos. Estamos aún dolorosamente apegados a reanimar los ideales colectivos capaces de ofrecer a todos el placer de existir y a cada uno la ocasión permanente de trascender y emerger como hombre. Ahora bien, me parece que la filosofía olímpica tiene, en este apartado, un papel inmenso y de primer orden que desempeñar.

¿Cómo no reconocerlo? Cada día nos trae su gran número de noticias tristes: crisis económica, crisis de valores, crisis de la democracia, fracaso de la política de desarrollo, fracaso de las ideologías, y por todas partes incremento de la violencia, del desconcierto y del cansancio; sin hablar de la decepción del *Tercer mundo*, que ve deteriorarse día a día una situación ya bastante desastrosa. Y sin embargo, la solidaridad entre pueblos no es una palabra vana: los jóvenes no están menos llenos que sus mayores de generosidad y de grandeza. La necesidad, tan ampliamente asentada de desinhibirse en los estadios, darse en espectáculo y participar en la fiesta, no ha sido jamás tan fuerte. Por eso, siempre he pensado que el olimpismo renovado y adaptado a nuestro tiempo, podía y debía ser empleado para contribuir positivamente en este sentido. De hecho, el olimpismo ha sabido, desde hace casi un siglo, constituirse en un amplio movimiento universal y, a pesar de las inevitables crisis de recorrido, contribuir de forma excepcional al acercamiento. El 15 de junio de 1984, en un célebre artículo de la "*Revue de Paris*", Pierre de Coubertin, estudiando la situación del deporte en los diferentes países, escribía:

ñEs esta juventud universal a la que hay que agrupar periódicamente, representándoles en el más pacífico de los campos de batalla, el campo del juego. De cuatro en cuatro años, el siglo XX vería así a sus niños reunirse sucesivamente cerca de las grandes capitales del mundo para luchar con fuerza y destreza y disputarse el ramo simbólico.ò

¿Hace falta recordarlo? La reanudación de los Juegos Olímpicos no es desde el principio tanto un hecho deportivo como un hecho moral y de civilización. Es como educador que Pierre de Coubertin decidió restaurar los juegos y trabajar incansablemente para este fin. Contrariamente a las apariencias, el juego no es nunca gratis. El juego olímpico todavía menos. Bernard Gillet tiene toda la razón al escribir:

*Cuando Pierre de Coubertin elige ser el que el barón Seillère llamaría **ñun artesano de energía francesa** (...) comprendió que el medio para llegar a su meta era una reforma de la educación. En el transcurso de una estancia en Inglaterra en 1883, tuvo la revelación de métodos que conseguían, como en la Grecia antigua, el equilibrio entre la cultura del espíritu y la del cuerpo. (Gillet, 1967, p. 1198).*

Para luchar contra el agotamiento escolar, proponía, contrariamente a muchos otros eminentes pedagogos de la época, no la reducción de los estudios, pero sí el desarrollo de los juegos y de los deportes. El *“Comité para la propagación de ejercicios de educación física en el tiempo escolar”* creado por él en 1883, innovó en la materia y encontró en Pascual Grousset un auténtico frente a frente. Si poco a poco la idea de los Juegos Olímpicos hacía su camino, no hay que olvidar que desde mediados del siglo pasado, el Dr. W.P. Brookes organizaba regularmente juegos en Much Wenlock en los confines de Gales. Pierre de Coubertin los visitó y fue *“seducido por el velo de poesía que arroja estos juegos y por el perfume de antigüedad que se desprende; se añaden costumbres caballerescas cogidas de la Edad Media”* (Ibid., p.1198).

Las ideas-fuerza estaban desde entonces reunidas: la educación del cuerpo para liberar el espíritu, el bienestar físico para desarrollar la higiene mental, el *fair-play* para establecer la amabilidad en las relaciones humanas. En una circular del 15 de enero de 1894, dirigida a empresas francesas y extranjeras, Pierre de Coubertin dió la salida a la que ha sido la más genial de las empresas deportivas de nuestro siglo en estos términos:

“Importa sobre todo conservar del atletismo² el carácter noble y caballeresco que le ha distinguido en el pasado, con el fin de que pueda seguir jugando eficazmente, en la educación de los pueblos modernos, el papel admirable que le atribuyeron los maestros griegos. La imperfección humana tiende siempre a transformar el atleta de Olimpia en un gladiador de circo. Hay que elegir entre dos fórmulas que no son compatibles, para defenderse del espíritu de lucro y del profesionalismo.”

De entrada, pues, con mucha lucidez, la restauración de los Juegos era en sí un proyecto que implicó una “relectura” del ideal griego y de su nueva apropiación.

¿Hace falta recordar que la historia de los Juegos se confunde casi con los orígenes de la civilización occidental? Leyenda e historia se entremezclan y no es el menor encanto de los Juegos que lo sagrado y el profano se constituyen como la trama natural. El culto a la vida y la celebración de la muerte le ofrecen como una estructura propia. Sin duda, y para mucho tiempo todavía, arqueólogos e historiadores deberán desgastarse sin medida para esclarecer, cada vez mejor, la aparición de los Juegos. Por lo menos, una cosa está ya aclarada: A comienzos del

² La palabra atletismo engloba, en el espíritu de Pierre de Coubertin, el conjunto de los deportes atléticos, individuales o colectivos.

siglo IX antes de Cristo, entramos en la era de los Juegos. En efecto, en 1884, el rey de Elide, Iphitos, acudió a Delfos para consultar a la pitonisa que le aconsejó “restablecer” los Juegos. Lo que implicaba que ya habían existido. Dos condiciones fueron puestas: la paz con Licurgo de Esparta y un sacrificio a Heracles. Desde esta alba de la Historia, dos valores esenciales, la paz y la sacralización, se atestiguan como líneas distintas de los Juegos. El reconocimiento del otro y la gracia transmitida a los Dioses basan, de alguna manera, la permanencia de la axiología olímpica.

*“El valor viril y marcial, -escribe Bernard Gillet- aparecía en su **ñílineaò** de la cual ninguna demostración podía ser más brillante que el hecho de ganar una corona, sobre todo la más valorada, la de los atletas. La ofrenda más agradable a los Dioses, podía hacer que se obtuviese la vida eterna.” (Gillet, 1967, p. 1198).*

Estamos en el mismísimo corazón de la concepción griega de la vida para la que la belleza física es inseparable de la virtud y el culto de la ciudad del de los Dioses. En efecto, ganar en los Juegos no era tanto un asunto individual como un acto de piedad, puesto que la victoria era siempre dedicada a un Dios y puesto que, como lo recuerda elegantemente la poeta Sapho, *“los Dioses se apartan de esos que se presentan ante ellos sin coronaò*. Admirable filosofía por la cual las cualidades del cuerpo son a la vez la adhesión a la comunidad y la oración a los Dioses.

Correr es un fin propio, pero que aspira a realizar al hombre en si mismo. Así, el vencido no era menospreciado. Dominique Soubrier, la vencida de los mil metros femeninos, immortalizada por H. De Montherlant, se inscribe en la tradición griega: *“Sin aliento, no podía hablar mientras una bocanada de amor le subía hacia aquella que le había vencido”* (le Songe). El gran Aquiles también quería que el vencido en una lucha, tuviese su parte: *“Una cautiva con manos hábiles y cuatro toros de valor”*. Los juegos instauran, desde el principio, un pensamiento de la participación. Lo esencial es participar por la simple razón que no se podría ganar sin eso. El mismo Aristóteles apoyará en ello el origen de su célebre concepción del acto y del placer, él que subrayaba *“que la aptitud puede existir realmente sin producir ningún bien, como por ejemplo en un hombre que duerme o que está inactivo. El acto, al contrario, no puede jamás estar en ese caso, puesto que necesariamente actúa y que, además, actúa bien. Es así en los Juegos Olímpicos: no son ni los hombres más guapos ni los más fuertes los que reciben la corona; son los que han participado en el combate; puesto que únicamente entre ellos se encuentran los vencedores”*. ¡Que lejos estamos del triunfalismo de trastienda que hace tanto daño al deporte!

¿Vencer? ¡Claro que sí! ¿Quién no lo desea? Pero lo esencial está en otra parte. Está en el acto que, en todas las circunstancias, y sea cual sea el desenlace, es plenamente positivo. Participar en los Juegos, es primeramente afirmarse como miembro de una ciudad. La relación con la comunidad se reafirma y se proclama solemnemente. Y además por duplicado, ya que los “bárbaros” estaban “fuera de juego” y una ciudad que no delegaba a nadie se excluía ella misma del *helenismo*.

La fama de la *Polis* estaba en tela de juicio. Así las ciudades griegas se tomaban a pecho la participación y delegaban en aquellos de sus hijos que eran más fuertes, más valientes y más resistentes. Los concursantes *ñatletadosò* soportaban largos entrenamientos. ¿Lo que estaba en juego, no era de gran dimensión? En primer lugar, por ellos mismos, porque se convertían en eminentes personajes en su propia ciudad o se les rendían los más altos honores. Estatuas, poemas, cantos reforzaban su prestigio al corazón mismo del helenismo.

En cuanto a la presencia de los Dioses, fue constante y coextensiva a todas las manifestaciones y a todas las fases de los Juegos, los que, por otra parte, cada uno de ellos estaba dedicado a una divinidad. Elis consagraba los Olímpicos a Zeus, Delfos organizaba los Píticos en honor de Apolo, Corinto ofrecía los Ístmicos a Poseidon, Argolida celebraba a Hércules asociándole a los Juegos Nemeos...

Fenómeno cultural total, el juego era a la vez asunción y superación: el hombre se comprendía como ciudadano y se superaba en la ciudad, y después en Olimpia. La ciudad a su vez creaba su propia cultura en el momento mismo en el cual operaba una inigualable convergencia entre lo mundano y lo sagrado. Supone pervertir el sentido profundo de los Juegos, como lo hizo Nerón por ejemplo, el hecho de reducirlos a un simple gusto por los ejercicios físicos, a un simple espectáculo o hacer de ellos un pretexto para recoger coronas, cuyos distribuidores había intimidado previamente.

La gloria de los Dioses se surte y combina del homenaje a la belleza física y a la fuerza del hombre. Los Dioses revelan los hombres a ellos mismos y estos reactivan los Dioses. El olimpismo es un Juego de lo humano y de lo divino que se confunden creando una complicidad única en su género. Solemnemente, por otra parte, los *theoroi spondophoroi* (embajadores sagrados) recorrían Grecia para anunciar la próxima celebración de las fiestas y proclamar la tregua sagrada. Y no es por casualidad si esta manera de parar el tiempo constituía justamente la gran referencia cronológica que servía de medio para contar el tiempo y para asumirlo. Suspender el tiempo, durante una fiesta, para asumirlo mejor, esto es otro aspecto importante del olimpismo.

Esta manifestación estaba tan generalizada que era como la inmensa cita de las razas y de las naciones griegas. ¡Quien soñaba gloria universal no tenía más que llamar la atención en Olimpia! Era allí donde los artistas exponían sus obras, que Hippias y Gorgias daban charlas, que Lysias y Isocrates pronunciaban amplios discursos y que el mismo Herodoto, según se decía, se labró una buena fama leyendo a la muchedumbre fragmentos de su *Historia*.

Es, sin duda alguna, este carácter holístico de los Juegos, que afirmándose en todos los niveles de la vida cotidiana, económica, estética, mágica, religiosa, tenía asegurado el éxito durante largos siglos. Y fue la degradación de esta concepción global del hombre la que llevó los Juegos al declive, los cuales no pudieron sobrevivir a la muerte de los Dioses, a la fragmentación de la *Polis*

griega, a la pérdida del sentido de la virtud. Mucho antes que Teodosio los hubiese prohibido, habían ya decaído, puesto que desde hacía tiempo habían perdido su sentido y habían dejado de asumir sus funciones.

Este aspecto total de los Juegos nos parece esencial para comprender tanto la filosofía olímpica como los magníficos resultados alcanzados por la Grecia clásica y contados por nuestros contemporáneos. No se podría entender la esencia de los Juegos si se los separa de la *paideia* griega, aquel arte, helénico, que instruía a los jóvenes, cultivaba su espíritu y les iniciaba a las cosas de la vida, del arte y del más allá, para mejor prepararles a tener su sitio en la ciudad. Esta combinación existencial – y ella solamente – ha permitido el equilibrio y la armonía. Las transgresiones, los excesos, los desórdenes, lo irracional se curan como por encanto por este antídoto excepcional que constituye la práctica de los Juegos. Digamos en una palabra: para nosotros, es el olimpismo que ha permitido a la civilización griega vencer lo que había de dionisiaco³ en ella y afirmarse como apolínea⁴.

Frente a esta verdad de base, todas las críticas dirigidas a los Juegos, por muy legítimas que sean, me parecen secundarias. Bien entendido – y además ¿podía ser de otra manera? – los Juegos griegos no eran verdaderamente universales, puesto que estaban reservados únicamente a los griegos. No estaban siempre exentos de segundas intenciones, puesto que el entrenamiento para los Juegos era también la preparación para la guerra, que solamente se paraba, pero no se suprimía. No excluían el profesionalismo, puesto que ventajas materiales – sonantes y tambaleantes como la exención de impuestos y de subsidios financieros consecuentes – se añadían a las coronas...

O sea que el carácter histórico – humano, demasiado humano – de una institución como esta, no podría escaparse a nuestro análisis. Y todas las desviaciones romanas – como todos los males de los que sufre el deporte desde siempre y todavía ante nuestros ojos – están ya escondidas en el olimpismo como un gusano en una fruta. Es que la ruptura antropológica que marcó el fin del helenismo no podía más que desembocar en una degradación del olimpismo.

La desviación romana – que cabe en estos dos versos de Juvenal:

“Duas tantum res anxius optat :

Panem et circenses”

(El pueblo romano «*Desea con una ansiada codicia dos cosas en el mundo: pan y juegos*»)- la desviación romana, entonces, no es tanto signo de ineficacia del olimpismo, como símbolo de enajenación de todo un pueblo, y para la cual, además, nada podía servir de antídoto. Una reflexión profundizada del olimpismo, como sus perversiones, nos permite comprender lo que esperamos de él

³ Relacionado con Dionisos. En la mitología clásica, es el dios del vino, inspirador de la locura ritual y el éxtasis.

⁴ Relacionado con Apolo, el dios griego de la belleza y el arte.

sin disimular los problemas específicos de nuestra época, que no están sin mencionar, *mutatis mutandis*, lo que fue la desviación romana.

La esencia del olimpismo, tal como hemos intentado aclarar desde el principio, implica el cumplimiento, la armonía, la solidaridad, la llamada a la vida y el reboamiento de la existencia. Son esos valores los que hay precisamente que salvar, haciendo evolucionar la institución que los basa, para que ella pueda continuar encauzando la expresividad humana y ayudando a encontrar el gusto a la vida y el sentido a la existencia. El olimpismo, como eurytmia universal, está lejos de haber agotado su mensaje, a condición que nos agarremos más y siempre a la filosofía de la que es portador y no al sistema que no es más que un medio, entre otros, y que exige su propia reforma.

No es suficiente decir de nuestra época que está en crisis. Hay que darse cuenta que puede morirse de su propio gigantismo. Lo que Pierre de Coubertin entreveía, ya hace más de un siglo, y que el ha ciertamente contribuido a aligerar, persiste todavía hoy. Faltos de poder “organizar” su propia existencia, nuestros contemporáneos se lanzan en una rabia por vivir, como únicamente se conoce en las épocas de decadencia. Lo que Jean Brun, el filósofo de Dijon, ha llamado “el retorno de Dionisos” no significa otra cosa:

“El hombre de hoy, momento del hombre de siempre, se acopla tanto a todas las rabias por vivir como a los furores por morir. Hoy, gracias a los medios de comunicación, Dionisos ha envuelto el mundo de una red que hace a su vez de campo orgiástico. Porque no solamente los medios de comunicación vulgarizan el último grito de los cánceres de todo género y contribuyen a propagar los más nimios fuegos de paja, dan al público el sentimiento invencible que es necesario adoptar en las conductas más locas, las ideas más insensatas, bajo sospecha de padecer una esclerosis irremediable...”

Finalmente, Dionisos triunfa exigiendo de los hombres que no juzguen más, pero que acepten coger de todo porque la vida es un valor en sí misma” (Brun, J., 1969, p.7).

No sabríamos poner mejor en evidencia el confusionismo sabio que predicán nuestros medios de comunicación, ayudados casi siempre por políticos de baja monta, por aprendices de brujos. Con el pretexto de libertad, se predica la anarquía, y con el pretexto de orden, se predica el totalitarismo. ¡Pero tanto en un caso como en otro, el sentido del equilibrio y de la armonía se echan irremediablemente en falta!

Está claro que el hombre saldrá de allí sólo por el ejercicio racional y por la asunción de su condición. El humanismo de hoy debe tener en cuenta exigencias de la praxis moderna. Es en ese contexto que una segunda lectura de la filosofía olímpica se impone como un acto saludable, como se impone también la necesidad no de adelantar, pero si de prolongar los ideales de Pierre de Coubertin con el fin de ajustar la materialización a las formas actuales de la civilización.

Precisamente, después de un buen siglo, el deporte no cesa de confirmarse como un gran hecho social de nuestros tiempos, y no hay tampoco que ignorar, que hace correr (tanto en el sentido propio como en el figurado) a centenas de millones de personas. A pesar de la falta desconcertante de estudios empíricos, sistemáticos, satisfactorios sobre múltiples aspectos sociales, económicos, psicológicos del deporte de las sociedades actuales, disponemos al menos de algunos jalones significativos. Un consenso existe hoy para admitir el deporte, y más generalmente toda actividad lúdica, como “necesaria” y no únicamente como legítima. En *La Muchedumbre solitaria*, David Riesman, el conocido sociólogo norteamericano, ha tenido razón en proclamar el “derecho al juego”. Debemos saber que la “gratuidad” del deporte es muy relativa, puesto que el “profesionalismo” existe y constituye una de las mayores preguntas a las cuales el movimiento olímpico actual debe encontrar, en los próximos años, una solución adecuada.

Para muchos, en efecto, el deporte se reduce, hoy, a un enorme “show-business”. Algunas competiciones del domingo, algunos torneos y partidos, giran tan fácilmente en torno a la transacción comercial o a la propaganda y al desvío de la atención de las masas...El deporte ¿No será únicamente el opio moderno del pueblo? Lo que debería y podría ser una vía de educación popular, un soporte a la fraternidad humana y a la comprensión internacional, corre el riesgo de girar fácilmente al chauvinismo y al cretinismo organizados.

Y sin embargo, ¿Por qué no invertir los datos del problema? Porque individual o colectiva, privada o pública, la actividad física forma parte de nuestros días, de la vida cotidiana. Pero esta cotidianeidad no debe perjudicarla. Debe marcar la salida de una verdadera renovación de la percepción global que los hombres se hacen de ella. No podemos compartir el punto de vista expresado por Georges Magnate así de elocuente:

“Avanzamos la hipótesis que el deporte no tendrá toda su pureza como elemento de cultura popular hasta que cese de estar entregado al azar de las iniciativas individuales, más o menos desinteresadas, para insertarse en el programa de un humanismo resueltamente moderno.” (En Gillet, 1967, p. 1667).

En otros términos, y lo proclamamos bien alto: hay que curar el deporte con el olimpismo.

Hay que hacer del olimpismo la filosofía del deporte moderno. Una doble tarea nos espera. Ante todo hay que luchar contra el chauvinismo, el microregionalismo, el nacionalismo, la violencia. Ello implica que se de un paso hacia el esfuerzo sobre el resultado y que se vuelva a encontrar el sentido de lo universal. También hay que luchar contra el gigantismo – que no hay que confundir con el universalismo-, volver a dar a los Juegos una dimensión humana y por eso, volver a encontrar el sentido global del hombre, tras un tipo de actividad altamente privilegiada, el deporte en este caso.

Es justamente el papel de la educación física, tan bien nombrada, que hace que el hombre que se entrega a ella, suspenda por el espacio de un instante, el

ejercicio de toda otra actividad. Estos paréntesis regulares son en ellos mismos una excelente higiene, porque ocasionan, de manera subjetiva y de alguna manera natural, la suspensión de otras preocupaciones que cesan, desde entonces, de ejercer su limitación y no pueden ocultar más su esencial relatividad. La gratuidad del juego revela así la relativa gratuidad de cualquier otra actividad. Finalmente, la educación física aparece como un juego que hay justamente que tomarse en serio. El juego supone una voluntad de ganar, cierto, pero no puede ser más que respetando, como decimos, las reglas. Roger Caillois muestra bien lo que hay de excepcional en esta psicología del juego de competición.

“Es preciso apostar -escribe- por la cortesía del adversario, confiar en él por principio y batirle sin animosidad. Hay que aceptar por adelantado el fracaso eventual, la mala suerte o la fatalidad, consentir la derrota sin cólera, ni desesperación. Quién se enfada o se queja, se desacredita... El juego invita, acostumbra a escuchar esta maestría de sí mismo y a entender la práctica en el conjunto de las relaciones y de las vicisitudes humanas donde la competencia ya no es desinteresada, ni la fatalidad circunscrita. (Prefacio de *Juegos y Deportes*, pp. XIII-XIV).

El Olimpismo es eso, es esta maestría de sí mismo para asegurar el triunfo sobre el otro, si es posible, pero en todo caso sobre sí mismo y sobre la naturaleza. La filosofía del olimpismo enseña ante todo el arte de ser olímpico.

Bibliografía

- Brun, J. (1969): *Le retour de Dionysos*. Desclée. París.
- Gillet, B. (1967): *Historie des Jeux Olympiques en Jeux et Sports*. La Pléiade. París.
- Mireaux, E. (1954): *La vie quotidienne au temps d'Homere*. Librairie Hachette. París.
- Flaceliore, R. (1969): *Les jeux grecs in Histoire des spectacles*. La Pléiade. París.
- Riesman, D. (1969): *The Lonely Crowd*. Yale University Press. Abridged edition. Yale.